

Reflexiones

Por Partiquino



Abil 12, 1979



Camus y Argelia

■ Hay quienes recomiendan a los escritores que se mantengan en una ideal y aséptica torre de cristal. Les previenen que las cosas de este mundo no son aptas para personas que crean ficciones y que su sensibilidad y capacidad de análisis no corresponden a las realidades que deben enfrentar las personas que buscan el poder.

Sin embargo, pocas actividades necesitan más que la literatura estar inmersas en la realidad cotidiana, vivir la coyuntura social de la comunidad a que pertenecen. De no ser así, la literatura perdería su calidad de comunicación de los sentimientos y pensamientos que emergen de una época y de un lugar.

Pero es cierto, también, que la perspectiva del escritor es diferente a la de los demás mortales. Siendo el material con el que trabaja la compleja y complicada trama de las relaciones humanas, el escritor resiste intuitivamente las simplificaciones en que suelen caer los bandos políticos. Le es difícil, pues, la adhesión total a una causa y el rechazo absoluto a otra. No acepta asignar la calidad de excelencia a una posición y de maldad a la otra y sabe que la división de los hombres entre "buenos" y "malos" es el recurso del peor folletín.

Por eso, el escritor que, negándose a habitar en una absurda y fría torre de cristal, entra al mundo de pugnas y conflictos de la sociedad a que pertenece, termina siempre por suscitar las suspicacias de quienes se encuentran en su mismo frente de lucha. Sus dudas aparecen como una deserción; su flexibilidad intelectual toma forma de una virtual traición.

Uno de los casos que más dramáticamente ilustra esta situación, es el de Albert Camus. Quien fuera distinguido a temprana edad con el Premio Nobel de Literatura, nació en Argelia en 1913 de una familia proletaria. Sus padres apenas sabían leer y escribir y toda la formación básica del joven Camus la adquirió en la escuela pública argelina. Esto es más notable si se recuerda que Camus no sólo es un escritor de ficciones, sino un pensador y filósofo que rayó a gran altura.

Argelia fue la patria de Camus. En ella transcurre la novela que lo elevó a la fama, "El Extranjero", y sólo abandonó África para dirigirse a París en 1940. Es conocida, por lo demás, su actividad en la Resistencia francesa y cómo, terminada la guerra, el prestigio de Camus lo colocó automáticamente como vocero de los intelectuales de izquierda.

En la pugna ideológica que tuvo más tarde con Jean Paul Sartre, su posición contabilizó más simpatizantes en virtud especialmente a que se reconocía en él una autenticidad propia de su origen proletario, a diferencia de la extracción burguesa de Sartre, que lo hacía más proclive a un extremismo intelectual y sofisticado.

Pero sobrevino el conflicto de Argelia y los bandos se polarizaron. La izquierda apoyó decididamente a los independentistas que no trepidaron en usar el terrorismo como medio para lograr sus objetivos, mientras que la derecha consideraba una traición a Francia desprenderse de su principal territorio de ultramar.

Se esperó que Camus se alineara decididamente al lado de las fuerzas argelinas, se le solicitó primero y se le presionó después, para que formulara declaraciones en favor de los revolucionarios de Argel. Camus, en cambio, guardó silencio. Estaba por la independencia del territorio donde había nacido, pero consideraba que los métodos que se seguían no eran los apropiados. A las posiciones ideológicas, él antepone las vidas de tanta persona que él conocía, cuyos rostros estaban presentes; la conservación de lugares y edificios que él amaba. Camus favorecía una solución pacífica y de transacción que significara la paulatina independencia de Argelia.

Equivocado o no, fue fiel a esa posición que su sensibilidad y su análisis le indicaban. Ello le valió el ataque y el desprecio de quienes antes lo habían alabado y ensalzado. Cuando en 1960 un absurdo accidente automovilístico tronchó su vida, la prensa de izquierda recordó más su deserción en el conflicto de Argelia que su brillante obra literaria.

Todo esto podría significar un buen argumento a favor de quienes instan a los escritores a mantenerse en una aséptica "torre de cristal". Yo, por el contrario, creo que la moraleja es diferente: Un escritor debe participar de las grandes inquietudes de su tiempo y su aporte será no repetir lo mismo que los que insisten en ver al mundo como polarizado en dos bandos irreconciliables, sino recordar a los hombres y mujeres y niños, con rostros individuales, cuerpos y almas únicas, no importa en qué bando estén, y entregar su mensaje humanístico.

No importa que no le hagan caso. Ese no es su problema, sino el de los otros.